

EL CAPOTE

Nikolai Gogol

En el departamento de ..., pero más vale que no lo nombremos. No hay cosa más susceptible que los departamentos, los regimientos, los negociados y, en resumidas cuentas, todas las diversas clases de funcionarios. En los tiempos que corren, cada particular considera que ofender a su persona es un escarnio a toda la sociedad. Se dice que, hace muy poco, cierto capitán de policía, no recuerdo de qué ciudad, presentó un informe, afirmando terminantemente que las leyes públicas estaban a punto de perecer, ya que de su rango sagrado se hacía el uso y abuso más arbitrarios. En prueba de lo cual unió a su informe una voluminosa novela romántica, en la que cada diez páginas, figuraba un capitán de policía, a veces incluso completamente borracho. En consecuencia, para evitarnos incidentes desagradables, designaremos el departamento en cuestión como un departamento. Así, pues en un departamento había un funcionario; un funcionario del que no podría decirse que tuviera nada en particular: era bajito, algo picado de viruelas, algo pelirrojo, a primera vista hasta algo cegato, con leves entradas, los carrillos surcados de arrugas y la cara de ese color que suele llamarse hemorroidal...

¡Qué se le va a hacer! La culpa la tiene el clima de San Petersburgo. Por lo que se refiere a su rango (pues en nuestro país el rango ha de ponerse por delante de todo), era lo que se llama un consejero titular a perpetuidad, personaje, a cuya costa, según es notorio, han hecho alarde de ingenio y se han mofado a su costa diversos escritores que tienen la plausible costumbre de ensañarse con los que no pueden morder. El funcionario se apellidaba Bashmachkin. Este apellido tuvo su origen en la palabra bashmach (zapato); lo que no se sabe es cuándo, en qué época y de qué modo sucedió la derivación. Tanto el padre como el abuelo, y hasta el cuñado, es decir, todos los Bashmachkin, usaban botas, limitándose a echarles media suelas tres veces al año. Se llamaba Akaki Akákievich. Tal vez al lector se le antoje un poco extraño y rebuscado el nombre, pero podemos asegurarle que no lo es en absoluto y que las circunstancias se combinaron de tal suerte, que fue completamente imposible darle otro. He aquí como ocurrió: Akaki Akákievich nació, si no me falla la memoria, en la noche del 22 de marzo. Su madre, que en paz descansa, esposa de un funcionario y excelente mujer, se disponía, como es de rigor, a bautizar al niño. Estaba todavía en la cama, justo frente a la puerta; a su derecha se encontraban el padrino Iván Ivánovich Eroshkin, bellísima persona, jefe de sección en el Senado, y la madrina, Arina Semiónovna Bielobriúshkova, esposa de un oficial de policía y mujer de raras virtudes. Propusieron a las madres que eligiera entre tres nombres: Mokki, Sossi, y Jozdazat, el mártir. "De ningún modo", pensó la hoy difunta. "¡Vaya con los nombrecitos!" Con el objeto de complacerla. Abrieron el calendario por otra parte, y salieron otros tres nombres: Trifili, Dula y Varajasi. "¡Qué castigo!", dijo la madre. "¡Sí que tienen gracia los nombres! ¡Nunca he oído nada igual! Si, por lo menos, fuera Varadat o Váruj... ¡Pero miren que Trifili y Varajasi!" Volvieron una hoja más y aparecieron Pavsikaji y Vajtisi. "Está visto que es cosa del destino", dijo la madre. "Siendo así, prefiero que se

llame como su padre. Akaki es el padre, y Akaki será el hijo". Ahí tienen ustedes cómo vino a resultar Akaki Akákievich. Bautizaron al niño, que rompió a llorar e hizo un mohín como si presintiera que iba a ser consejero titular. Queda, pues, explicada la manera en que ocurrió todo. Hemos hecho relación de ello para recordar que el lector se convenza de que las cosas siguieron el camino lógico y de que fue realmente imposible darle otro nombre. Cuándo y cómo entró en la oficina, y quién le promocionó la colocación no lo recordaba nadie. Los directores y jefes de toda clase cambiaron muchas veces, pero a él se le veía siempre en el mismo sitio, en la misma postura, en el mismo cargo, siempre atareado en el mismo trabajo de copista, de modo que, a la larga, llegó a parecer que había venido al mundo tal como era, con uniforme y calva. En el departamento no se le tenía el menor respeto. Los ordenanzas, lejos de levantarse al pasar por él, ni siquiera lo miraban, como si fuese un insecto. Los superiores lo trataban con una frialdad abusiva. Cualquier subjefe de la sección le metía simplemente los papeles bajo la nariz, sin decirle siquiera: "¡Cópielos!" o "Aquí tiene un asunto interesante", o bien alguna otra palabra agradable, como se estilaba en las oficinas donde son educados. Pero él tomaba todo lo que le largaban, mirando tan sólo el papel, sin fijarse en quién lo entregaba, ni en si tenía derecho a ello. Lo tomaba y en el acto se ponía a copiarlo. Los jóvenes funcionarios le hacían burla y se mofaban de él en la medida de su ingenio oficinesco. En presencia suya contaban innumerables historias con él de protagonista; decían que le pegaba su patrona, una vieja de setenta años, y le preguntaban cuándo se casarían: otras veces le rociaban la cabeza de trocitos de papel, diciendo que era nieve. Pero Akaki Akákievich no respondía nada, como si no tuviera a nadie delante de sí; las chanzas no influían lo más mínimo en su trabajo; y, pese a tanta impertinencia, no cometía una sola equivocación en las copias. Únicamente, cuando las bromas iban demasiado lejos, cuando le empujaban con el codo, impidiéndole proseguir su faena, terminaba por decir: "¡Dejadme! ¿Porqué me tratáis así?" había algo extraño en esas palabras y en la voz con que las pronunciaba. Su tono producía tanta lástima, que un joven recién ingresado en el cuerpo, y que, inducido por el ejemplo de los demás, osó burlarse de él, se detuvo como herido por un rayo, y desde entonces todo pareció cambiar a sus ojos, tomando otro aspecto. Una fuerza sobrenatural lo apartó de sus colegas, a quienes había considerado como personas correctas y educadas. Por espacio de mucho tiempo, aun en los momentos más entretenidos, se le presentaba súbitamente el pequeño funcionario de la calva con su penetrante "¡Dejadme! ¿Porqué me tratáis así?" ; en esas palabras punzantes se percibían otras: "Soy tu hermano" , y entonces el pobre joven se cubría el rostro con las manos. Y más tarde, muchas veces en su vida, constató con horror cuántos sentimientos inhumanos se encierran en el hombre, cuánta brutal grosería se oculta bajo el refinamiento de la urbanidad, incluso, ¡Dios mío!, en personas a quienes el mundo tiene por nobles y honradas...

Hubiera sido difícil encontrar un hombre tan apegado a su trabajo. Decir que lo ejecutaba con celo sería insuficiente. No, lo hacía con amor. En la faena de copiar se entreveía todo un mundo, múltiple y atrayente. Su rostro se inundaba de placer; tenía letras favoritas, y cada vez que las encontraba se convertía en otro hombre: sonreía, guiñaba los ojos, recurría al concurso de los labios, de modo que en su semblante podía leerse cada una de las letras que trazaba la pluma. Si le hubieran recompensado en proporción al celo que desplegaba, tal vez habría ascendido, con gran sorpresa suya, hasta consejero de Estado; pero, según decían sus divertidos

compañeros, no había ganado más que "dolores de los riñones y granos a montones". Sin embargo, decir que jamás se tuvo con él una atención sería faltar a la verdad. Un director, hombre sensible, deseando premiar sus largos años de servicio, dispuso que se le confiara una tarea más importante que la de simple copista: se trataba de tomar un expediente ya terminado y redactar una carta dirigida a otra institución. Bastaba para ello cambiar el encabezamiento y pasar algunos verbos de la primera a la tercera persona. Pero le costó tanto esfuerzo que quedó bañado en sudor, y, enjugándose la frente, dijo por fin: "No, más vale que me den a copiar algo". A partir de entonces, lo dejaron de copista para siempre. Se diría que, aparte de ese trabajo, nada existía para él. Su indumentaria le tenía sin cuidado. El uniforme, verde en sus buenos tiempos, pasó a ser parduzco harinoso. El cuello de su uniforme era tan estrecho y bajo, que, aunque el pescuezo de Akaki Akakiévich no era norma, parecía desmesuradamente largo, asemejándose a esos gatitos de yeso, que mueven la cabeza, y que los vendedores de otras regiones traen a docenas en cestas sobre su cabeza. Siempre llevaba en el uniforme alguna adherencia extraña: ya unas briznas de heno, ya alguna hilacha. Poseía, además, el raro don de la oportunidad para pasar bajo las ventanas en el preciso instante en que arrojaban por ellas desperdicios de toda suerte, llevándose siempre en el sombrero cáscaras de sandía, de melón y otras inmundicias por el estilo. Jamás paró su atención en el espectáculo cotidiano de la calle, siempre tan sugestivo para sus colegas, los funcionarios jóvenes, de ojo tan sagaz y escrutador que no se le escapa en la acera opuesta un pantalón con la escobilla descosida, lo que siempre provoca una sonrisa maliciosa.

Pero Akaki Akákievich, aunque mirase algo, no veía más que unos renglones derechos, escritos con su esmerada letra; y quizá si un caballo, salido no se sabe de dónde, le metía el hocico en el hombro, descargándole por los caños de las narices toda una tormenta en un carrillo, sólo entonces caía en la cuenta de que no estaba en la mitad del renglón, sino más bien en la mitad de la calle. De regreso a su casa, se sentaba inmediatamente a la mesa, engullía apresuradamente su sopa y un trozo de carne de vaca con cebolla, sin paladearlos, tragando al voleo, con moscas y todo, lo que Dios enviaba.

Una vez que sentía el estómago repleto, se levantaba de la mesa, sacaba un tintero y se ponía a copiar papeles traídos de la oficina. Si no tenía ninguno pendiente, copiaba para él por puro gusto, sobre todo documentos que le parecían notables, no por la belleza de su estilo, sino porque el destinatario era algún personaje nuevo o importante.

Cuando el cielo gris de San Petersburgo oscurece y el mundo de los funcionarios ha llenado sus estómagos, cada cual con arreglo a su sueldo y a sus gustos; cuando han descansado del rasgueo de las plumas de oficina, del ajeteo, de los quehaceres propios y ajenos y del sinnúmero de tareas que el individuo inquieto se impone voluntariamente, excediéndose a veces, todos los funcionarios se apresuran a consagrar el tiempo restante al placer. Estos, los más diligentes, acuden al teatro; aquellos se van a la calle para recrearse en la contemplación de ciertos sombreritos; los otros pasan la velada en una tertulia, prodigando piropos a una linda muchacha, estrella de un círculo reducido de funcionarios, y los más se encaminan simplemente a un tercero o a un cuarto piso, donde un colega tiene dos

pequeñas habitaciones con pasillos, cocina o algún que otro amago de elegancia (una lámpara u otra cosilla de poca monta), costado a fuerza de muchos sacrificios y muchas renunciadas a comidas y fiestas. En pocas palabras, a esas horas se dispersan los funcionarios por los cuartuchos de sus amigos para jugar al whist y tomar un vaso de té con galletas de kopec, aspirando el humo de largas pipas y contando, mientras barajan y dan cartas, algún chisme puesto en circulación por la alta sociedad, que tanto interesa a los rusos de no importa qué clase; o bien, si no hay otro tema, se repite el eterno chascarrillo del comandante a quien vinieron a decirle, que le habían cortado el rabo al caballo de Falconet. Pues bien: Akaki Akákievich no se entregaba a ninguna diversión ni siquiera a esa hora en que todos tratan de distraerse. Nadie podía jactarse de haberle visto jamás en alguna velada. Satisfecho ya de escribir, se acostaba, sonriendo al pensar en el día de mañana: ¿Qué le enviaría Dios para copiar? Así transcurría la apacible existencia de un hombre que con cuatrocientos rublos de sueldo al año, sabía estar contento de su suerte, y quizá había transcurrido hasta la edad más avanzada, a no ser las calamidades de las que está sembrado el camino no sólo de los consejeros titulares, sino también de los consejeros subalternos, secretarios, efectivos y de toda clase, y hasta incluso de aquellos que nadie dan ni de nadie solicitan consejo alguno.

Hay en San Petersburgo un enemigo feroz de todos los que ganan al año cuatrocientos rublos o cosa así. Este enemigo no es otro que nuestro frío norteno, aunque, por otra parte, se dice que es muy bueno para la salud. A las ocho y pico de la mañana, precisamente cuando las calles se pueblan de funcionarios que se dirigen a sus departamentos, comienza el frío a dar unos aletazos tan fuertes y punzantes en todas las narices, que los pobres funcionarios no saben dónde meterlas. En momentos como éstos, el frío hace que les duela la frente y se les salten las lágrimas hasta a los que ocupan cargos superiores; y hasta los pobres consejeros titulares se sienten seres desvalidos. Con capotes tan ligeros como los suyos, la única salvación está en atravesar a escape las cinco o seis calles, y una vez en la portería de la oficina patear fuertemente el suelo hasta que se derrita el hielo que atenaza todas las facultades y los dotes necesarios para el desempeño de sus funciones. Akaki Akákievich llevaba tiempo notando que el frío le mordía dolorosamente, sobre todo en la espalda y en los hombros, a pesar de que trataba de trasponer con máxima rapidez el trayecto habitual. Al cabo, se le ocurrió pensar si no tendría algún defecto su capote. Examinándolo con atención en su casa, descubrió que el paño aparecía como calado en dos o tres puntos, precisamente en la espalda y en los hombros; tan deteriorado estaba, que se traslucía, y el forro se deshílachaba. Es de saber que también el capote de Akaki Akákievich era objeto de mofa entre los funcionarios, quienes incluso le negaban su noble nombre, calificándolo de batín. Efectivamente, tenía un aspecto peregrino: año tras año se reducían las dimensiones de su cuello, porque se empleaba para echar remiendos a otras partes, remiendos que no hacían gran honor al arte del sastre y que daban a la prenda un aire desgarbado, parecido a un saco. Cuando Akaki Akákievich vio de lo que se trataba, determinó llevar el capote a casa de Petróvich, un sastre que vivía en un cuarto piso, con entrada por la escalera de servicio. Petróvich, a pesar de ser tuerto y tener la cara picada de viruelas, se dedicaba con bastante fortuna a reparar pantalones y levitas de oficina y de otra índole, a condición, naturalmente, de que no estuviera bebido ni alimentase en su mente alguna otra empresa. Es evidente que no deberíamos extendernos mucho en la personalidad de tal sastre, pero, como

es de rigor que en toda obra se precise el carácter de cada personaje, no queda otro remedio: venga, pues, Petróvich para acá. Hubo un tiempo en que Petróvich se le llamaba simplemente por el nombre, Grigori. Era entonces siervo de no sé qué señor. El patronímico, Petróvich, databa de la época en que fue liberado y comenzó a empinar el codo en las fiestas: al principio, durante las fiestas mayores, y luego, en todas las eclesiásticas sin distinción, dondequiera que el calendario estaba marcado con una cruz. En relación con esto, Petróvich permanecía fiel a las costumbres de sus abuelos, y, cuando discutía con su mujer, la llamaba pecadora alemana. Y, ya que hemos aludido a la esposa, habrá que decir dos palabras de ella. Más, por desgracia, sabemos muy poco: quizá tan sólo que Petróvich estaba casado, y que su mujer llevaba cofia y no toquilla en la cabeza; parece que no era un dechado de hermosura; lo atestigua el hecho de que, al encontrársela, únicamente los soldados de la Guardia le echaban una mirada bajo la cofia al tiempo que se atusaban el bigote y largaban una exclamación muy particular.

Mientras subía por la escalera de la casa de Petróvich, escalera que, en honor a la verdad, estaba cuajada de charcos y basura y despedía ese olor acre que punza en los ojos y que, como es notorio, reina en todas las escaleras de servicio de las casas de San Petersburgo, Akaki Akákievich iba pensando en el precio que pondría Petróvich, y decidió no darle más de dos rublos. La puerta estaba de par en par, porque la dueña, que freía pescado en la cocina, había levantado tal humareda, que no se veían ni siquiera las cucarachas. Akaki Akákievich atravesó la cocina sin que lo viera el ama y entró, por fin, en una habitación donde encontró a Petróvich sentado sobre una ancha mesa de madera sin pintar, con las piernas cruzadas al estilo de un Bajá turco. Tenía los pies descalzos, como suelen hacer los sastres cuando trabajan; y lo que primero saltaba a la vista era el dedo pulgar, muy conocido de Akaki Akákievich, con la uña deformada, gorda y dura como la concha de una tortuga. Le colgaba del cuello una madeja de hilos, y sobre sus rodillas descansaban unos andrajos. Llevaba alrededor de tres minutos enhebrando la aguja, pero no conseguía ensartarla, por cuya razón estaba muy irritado contra la oscuridad y hasta con la propia hebra, mascullando, gruñón: "¡No quiere entrar, la sinvergüenza! ¡Ya me tienes harto, torpe!" Akaki Akákievich lamentó darse cuenta que había llegado precisamente en un momento de mal humor de Petróvich; prefería tratar con él cuando estaba algo iluminado o, empleando la expresión de su esposa, "como una cuba, ese tuerto del diablo". Hallándose en tales circunstancias, Petróvich solía ceder y rebajar el precio de buena gana, y hasta hacía continuas reverencias y daba las gracias. Ciertamente, después, venía su mujer a quejarse, aduciendo que el marido estaba borracho y por eso había puesto un precio tan bajo; pero diez kopeks más bastaban para ventilar el asunto. Ahora, en cambio, Petróvich parecía estar sobrio y, por lo tanto, era renuente, terco y amigo de poner precios diabólicos. Así lo entendió Akaki Akákievich, y ya se disponía, como aquél que dice, a volver grupas, pero era tarde. Petróvich lo atravesó con su único ojo entornado, y el funcionario dejó escapar casi involuntariamente:

—Buenos días, Petróvich

—Iguales se los deseo, caballero— respondió el sastre y torció el ojo en dirección a las manos de Akaki Akákievich para ver la prenda que le traía.

—Pues, verás, Petróvich, he venido, eso...

Sepan ustedes que Akaki Akákievich se expresaba muchas veces, con preposiciones, adverbios y partículas que no significaban absolutamente nada. Si se trataba algún asunto espinoso, no solía ni siquiera terminar las frases, de modo que muchas veces comenzaba con las palabras: "Esto, verdaderamente, es, en realidad, pues, eso..." , y ahí se quedaba cortado, olvidándose él mismo del resto y convencido de que lo había dicho todo.

—¿Qué me trae?— preguntó Petróvich escudriñándole con su único ojo el uniforme, desde el cuello a las mangas, sin omitir la espalda, los faldones y los ojales, todo ello muy conocido para él, ya que era de factura propia. No hay sastre que no se atenga a esa costumbre: es lo primero que hacen al ver a cualquiera.

—Pues yo, eso, Petróvich... El capote, el paño... ya lo ves; en otros lugares está muy fuerte; un poco polvoriento y parece viejo, pero es nuevo; sólo que en un sitio está algo, eso... Un tanto gastado en la espalda y en este hombro, en este otro... ahí lo tienes, eso es todo. El trabajo no es mucho...

Petróvich tomó la prenda, la extendió, de entrada, sobre la mesa, se mantuvo largo rato mirándola, movió la cabeza y alargó la mano hasta la ventana, asiendo una tabaquera redonda adornada con el retrato de un general imposible de identificar, ya que el sitio de la cara lo tenía hundido de algún apretón con un dedo y recubierto con un remiendo cuadrado de papel. El sastre aspiró una porción de rapé, desplegó el capote con las manos y lo miró a trasluz, volviendo a menear la cabeza. Después lo volvió con el forro para arriba, hizo el mismo movimiento de cabeza, alzó nuevamente la tapadera con el general remendado de papel y, llevándose otra toma de rapé a la nariz, cerró la tabaquera, la guardó y empezó a hablar:

—No. No tiene arreglo. ¡Es demasiado viejo!

Al oír tales palabras, le dio un vuelco el corazón a Akaki Akákievich.

—¿Cómo que no tiene arreglo, Petróvich? —profirió con voz infantil, casi suplicante—. Pero si lo único que está rozado son los hombros. Ya encontrarás tú por ahí algún retazo...

—Por eso no quedaría; retazos tengo —repuso el sastre—; lo que pasa es que no se puede poner nada por dentro. Está podrido, y apenas lo toque con la aguja, se irá todo.

—Pues mira, que se vaya; le pones un remiendo.

—Ahí está el asunto, que es imposible ponerlo, no hay dónde sujetarlo, está muy desgastado. De paño no tiene y más el nombre; un soplo lo deshace.

—Pero, hombre, ya procurarás tú que se sujete. ¡Porque, bueno, es que...!

—No —lo atajó Petróvich con energía—. No hay nada que hacer. La prenda no tiene arreglo posible. Le valdría hacerse con ella unos peales para el invierno, porque los calcetines no calientan: los han inventado los alemanes para sacar dinero (A Petróvich le gustaba meterse con los alemanes siempre que había ocasión). Y, en cuanto a lo del capote, está visto que tendrá que hacerse de nuevo.

Cuando dijo "nuevo", se nublaron los ojos de Akaki Akákievich, y todo cuanto había en el aposento se le hizo un lío confuso. Lo único que distinguía claramente era el general de la tabaquera de Petróvich, con la cara remendada de papel.

—¡Qué dices! ¿Nuevo? —preguntó como entre sueños—. Pero si no tengo dinero.

—Sí, nuevo —repitió Petróvich con el aplomo de un bárbaro.

—Y, si hubiera que hacerlo nuevo, ¿cuánto vendría a...?

—Cuánto costaría, quiere usted decir.

—Si.

—Pues vendría a salirle por ciento cincuenta rublos largos —dijo Petróvich, apretando los labios en una mueca significativa. Era aficionado a los grandes efectos, le complacía desconcertar repentinamente a alguien para después mirar de reojo la cara de perplejidad que sus palabras producían.

—¡Ciento cincuenta rublos un capote! —exclamó el pobre Akaki Akákievich, alzando el tono quizá por primera vez en su vida, pues su voz había sido siempre de lo más sumisa.

—Sí, señor —continuó Petróvich. Y eso, según qué capote. Si le ponemos cuello de marta y capuchón forrado de seda, no le costará menos de doscientos.

—Por favor, Petróvich —dijo Akaki Akákievich con acento implorante, sin oír, y aún procurando no oír las aterradoras palabras del sastre —, hazle un arreglo como puedas, para que me sirva un tiempo.

—Imposible. Sería trabajar en balde y tirar el dinero —sentenció Petróvich, y después de esto, Akaki Akákievich salió completamente anonadado.

Y después de su salida Petróvich se quedó un buen rato en pie, contrayendo significativamente los labios y sin reanudar la faena, satisfechísimo de haber mantenido su dignidad y salvaguardando el honor del arte del sastre.

Al salir a la calle, Akaki Akákievich parecía ir en sueños, "Pues el asunto es de los que, vamos", se iba diciendo. "Ni siquiera pensaba que fuese tal..." Y, transcurría una breve pausa, añadió: "Pues sí que..., por fin, ya ves, lo que son las cosas, y yo, ciertamente, ni podía imaginarme que viniera a resultar esto". Siguió otro largo rato de silencio, al cabo del cual volvió a decir: "¡Así que sí! Ahí tienes

ya, exactamente, de ningún modo esperaba eso... aquello de ninguna forma..., ¡vaya un asunto!". Terminado este soliloquio, en vez de tomar dirección de su domicilio, puso exactamente el rumbo contrario sin advertirlo él mismo. Por el camino, le rozó un deshollinador, nada limpio, ennegreciéndole todo el hombro; un cucharín entero de cal vino a caerle desde lo alto de una casa en construcción. Nada de esto notó Akaki Akákievich; únicamente cuando se dio de bruces con un guardia municipal que, dejando su alabarda contra la garita, estaba sacando tabaco de un cuernecillo y lo echaba en la callosa palma. Volvió un poco en sí, pero fue porque el guardia le espetó: "¿No ves que te metes en mis propias narices? ¿O es que te falta acera?" EL incidente le hizo recobrarse y emprender el camino de su casa. Sólo allí pudo recapacitar, haciéndose una idea exacta de su situación real; comenzó a hablar consigo mismo, pero no de manera entrecortada, sino razonadora y franca, como quien conversa con un amigo prudente al que se le puede confiar el asunto más íntimo y recóndito. "De ningún modo", se dijo Akaki Akákievich. "Ahora no se puede tratar con Petróvich. No está como para eso..., seguramente su mujer le ha vapuleado. Mejor será que vaya a verlo el domingo por la mañana. Después de la merluza del sábado, lo encontraré con el ojo torcido y adormilado; para ponerse a tono necesitará darle gusto a la garganta, pero su mujer no querrá darle dinero; en esto, llego yo, y eso: le pongo en la mano diez kopeks. Así se ablandará, y, entonces, el capote, pues, eso..." Animado con tales razonamientos, Akaki Akákievich esperó al domingo siguiente y, al ver desde cierta distancia que la mujer de Petróvich salía de su casa, se coló en ella de sopetón. Como era de esperar, los efectos del sábado hacían mucho más bizco el ojo de Petróvich. La cabeza se le iba hacia el suelo y estaba amodorrado. Pero en cuanto tuvo noticia de lo que requería, pareció como si el diablo le hubiese dado un empujón:

—Imposible —dijo—. Encárguese uno nuevo.

Akaki Akákievich creyó llegada la ocasión de dejarle caer en la mano los diez kopeks.

—Muchas gracias, caballero. Me echaré un trago a su salud —dijo Petróvich—. Y, por lo que se refiere al capote, no vale la pena molestarse. No sirve para nada. Le haré uno nuevo, que dará gloria verlo, puede creermelo.

Akaki Akákievich quiso insistir en lo del arreglo, pero el sastre no terminó de oírlo y prosiguió:

No se preocupe, que el capote nuevo se lo haré sin falta. Esté seguro, nos esmeraremos. Se lo puedo coser incluso a la moda, con presillas de plata en el cuello.

Aquí terminó Akaki Akákievich por convencerse de que era imposible arreglárselas sin capote nuevo, y se le cayó el alma a los pies. En verdad, ¿con qué dinero iba a hacérselo? Ciertamente que, en parte, podía contar con la gratificación de las próximas fiestas, pero es que ya lo tenía destinado y distribuido de antemano. Había que adquirir unos pantalones, pagar al zapatero unas punteras nuevas que le había echado a unas botas viejas; debía encargar a la costurera tres camisas y dos de esas prendas interiores que el decoro impide nombrar con letras de molde. Así,

pues, la suma estaba condenada totalmente a desaparecer y aun admitiendo que el director fuese tan magnánimo, que en vez de cuarenta rublos de gratificación le concediese cuarenta y cinco o cincuenta, el remanente sería risible, una gota en el mar del capital que necesitaba para el capote. Ciertamente, sabía que a Petróvich le daba a veces la vena de poner precios diabólicamente disparatados, y que, incluso, su propia mujer le gritaba, incapaz de reprimirse: "¿Te has vuelto loco, sos idiota? Unas veces trabajas de balde, y otras, como ahora, pides un dinero que ni tú mismo vales". Sabía que Petróvich le haría el capote hasta por ochenta rublos; mas ¿de dónde sacarlos? Podría encontrar hasta la mitad, quizás, incluso un poquito más; pero ¿de dónde iba a agenciarse la otra mitad?... Sin embargo, antes de seguir, debe saber el lector la procedencia de la primera mitad. Akaki Akákievich tenía la costumbre de guardar medio kopek por rublo gastado, metiéndolo en un cofrecillo que cerraba con llave y en cuya tapa había una ranura por donde entraba el dinero. Al expirar cada semestre, revisaba la suma acopiada en la calderilla y la sustituía por monedillas de plata. Así lo venía haciendo desde hacía tiempo, y al cabo de unos cuantos años, la cantidad reunida rebasaba los cuarenta rublos. Por consiguiente, la mitad estaba resuelta, pero ¿y la otra mitad? ¿Dónde buscar los restantes cuarenta rublos? Akaki Akákievich estuvo piensa que te piensa, y a la postre dedujo que habría de reducir los gastos ordinarios durante un año por lo menos: renunciar a la cena, no encender velas y, en caso de que algo tuviera que hacer por las tardes, irse al cuarto de la patrona y trabajar a la luz de su vela; poner sumo cuidado en la calle, suavizando al máximo el paso por adoquines y losas, andar casi de puntillas, a fin de no gastar prematuramente las suelas; dar la ropa a lavar con la menor frecuencia posible y, para evitar que se manchase, quitársela nada más llegar a casa, quedándose con un vetusto batín de algodón indultado por sus muchos años. A decir verdad, tales limitaciones se le hicieron algo cuesta arriba al principio, pero luego se acostumbró, inclusive a pasar hambre por la noche; en cambio, se alimentaba espiritualmente, acariciando en su cerebro la idea perenne de su futuro capote. A partir de entonces, su existencia pareció adquirir mayor plenitud, como si se hubiera casado y alguna persona le acompañase de continuo; como si no estuviera solo, sino que una agradable compañera hubiese accedido a recorrer con él la senda de la vida; y la compañera no era otra que el capote, bien guateado y de sólido forro sin desgastar. Akaki Akákievich se hizo más animoso y hasta más firme de carácter, como el hombre que se ha planteado ya un objetivo definido. De su rostro y de sus actos desaparecieron la duda y la indecisión, todos los rasgos vacilantes e imprecisos. Sus ojos se iluminaban de vez en cuando, y por su mente llegaban a cruzar las ideas más temerarias y atrevidas: ¿Por qué, en efecto, no ponerle un cuello de piel de marta? Faltó poco para que semejantes meditaciones lo distrajeran. En cierta ocasión, recopilando un texto, estuvo en un tris de cometer una falta, de modo que exhaló un ¡ah! Casi en voz alta y se persignó. Al menos una vez al mes visitaba a Petróvich para hablar del capote, decidir dónde sería mejor comprar el paño, determinar el color y el precio; y aunque un tanto preocupado, regresaba a casa siempre contento, considerando que, por fin, llegaría la hora de adquirirlo todo y de hacer el capote. Las cosas se aceleraron incluso más de lo que él creía. Contra todo lo que era de esperar, el director asignó a Akaki Akákievich una gratificación no de cuarenta ni de cuarenta y cinco rublos, sino ni más ni menos que de sesenta. Ya fuese porque intuía que Akaki Akákievich necesitaba un capote, o por pura casualidad, lo cierto fue que esto le proporcionó veinte rublos con los que no contaba, precipitando la marcha

del asunto. Dos o tres meses más de hambre moderada, y Akaki Akákievich llegó a reunir los ochenta rublos aproximadamente. Se aceleraron los latidos de su corazón, siempre sosegado.

A la primera ocasión, se encaminó a la tienda, acompañado de Petróvich. Compraron un paño buenísimo, cosa muy natural, ya que venían pensándolo medio año, y raro era el mes en que no acudían a los almacenes para estar al tanto de los precios. Hasta el mismo Petróvich declaró que no había paño mejor. Para forro adquirieron percalina, pero tan buena y sólida que, según Petróvich aventajaba a la seda y tenía mejor aspecto y brillo. Renunciaron a la marta porque, efectivamente, era muy cara y, en su lugar, eligieron la mejor piel de gato que había en la tienda: un gato que desde lejos podría pasar por marta sin la menor dificultad. Petróvich anduvo atareado con el capote dos semanas y, de no llevar tanto despunte, lo hubiera acabado antes. Le cobró por la hechura doce rublos; menos era imposible: lo había cosido con hilo de seda, haciendo menudas costuras dobles, que luego Petróvich repasó con los dientes, dejando marcadas sus huellas. Un día... es difícil precisar la fecha, pero a buen seguro que fue la más solemne de la vida de Akaki Akákievich, Petróvich le trajo, por fin, el capote. Se presentó por la mañana, precisamente en el momento en que se disponía a salir para el departamento. A propósito, por cierto, pues ya empezaba a hacer un frío bastante regular que, según parecía, amenazaba con arreciar. Petróvich trajo el capote como correspondía a un buen sastre. Su semblante mostraba una expresión tan solemne como jamás había visto Akaki Akákievich: la expresión de quien haciéndose cargo de la magnitud de la obra realizada demuestra el abismo existente entre los sastres que forran y rehacen y los que cosen de nuevo. Desenvolvió el paño en que lo traía envuelto y que acababa de salir de manos de la lavandera, lo dobló y se lo metió en el bolsillo para usarlo más adelante. Una vez que hubo extraído el capote, lo contempló orgulloso y, sosteniéndolo con ambas manos, lo dejó caer con suma destreza sobre los hombros de Akaki Akákievich; luego lo estiró por la espalda hacia abajo y se lo probó al cliente a manera de capa. Akaki Akákievich, como hombre maduro, quiso probarse las mangas. Petróvich le ayudó a ponérselo, y vino a comprobarse que también las mangas le iban parejas. En una palabra, el capote estaba impecable. Estando en esto, no perdió Petróvich la ocasión de hacer constar que si le había llevado tan barato había sido tan sólo porque su taller no tenía rótulo y estaba en una calleja y porque, además, conocía a Akaki Akákievich desde hacía mucho tiempo, pero que en la avenida Nevski le hubieran cobrado setenta y cinco rublos solamente por el trabajo. Akaki Akákievich rehuyó el tema, pues le aterrorizaban las sumas astronómicas que Petróvich solía mentar para aturdir a sus clientes. Le pagó, le dio las gracias y acto seguido se puso en camino para la oficina con su capote nuevo. Petróvich salió tras él y quedándose plantado en la calle, lo estuvo mirando largo rato a distancia por la espalda; después tiró hacia un lado, torció por un callejón sinuoso y le salió al paso nuevamente en la calle para verlo un vez más desde el otro lado, es decir de frente. Entre tanto, Akaki Akákievich caminaba con festivo alborozo. Cada instante notaba sobre sus hombros un capote nuevo, y la satisfacción interna lo hizo sonreírse repetidas veces. El capote, en efecto, le ofrecía dos ventajas: la primera, calor, y la segunda, mejor aspecto. Sin notar siquiera el camino, se encontró de buenas a primeras ante el departamento, en la portería se despojó del capote, lo miró por los cuatro costados y lo encomendó a la especial custodia del conserje. Se desconoce cómo llegó a oídos del personal que

Akaki Akákievich traía un capote nuevo y que el batín había dejado de existir. Todos corrieron inmediatamente a la portería para ver la prenda estrenada por Akaki Akákievich. Comenzó los elogios y las felicitaciones, de tal modo, que, si al principio no hacía más que sonreír, a la postre llegó a darle vergüenza. Cuando todos lo rodearon, afirmando que había que mojarlo y que, por lo menos, tenía que invitarlos a una fiesta, el azoramiento de Akaki Akákievich llegó hasta el punto de no saber qué contestar ni cómo evadirse. Al cabo de unos minutos, se puso a explicarles, ruborizado y con la mayor ingenuidad, que el capote no era nuevo y que lo tenía ya hacía mucho tiempo. Por último, uno de los funcionarios, parece que incluso el subjefe de la sección, queriendo, probablemente, poner de manifiesto que no tenía nada de orgulloso y que hasta trataba con lo inferiores, declaró:

—Bueno, caballeros, daré yo la fiesta en lugar de Akaki Akákievich. Les ruego que vengan esta tarde a cenar a casa. Precisamente es el día de mi santo.

Como es de suponer, los oficinistas acudieron a felicitar el subjefe de la sección y aceptaron de buena gana la invitación. Akaki Akákievich intentó rehusar con varios pretextos, mas todos le persuadieron, afirmando que era un acto de descortesía, una vergüenza y un bochorno, ante lo cual no pudo renunciar. Por otra parte la propuesta terminó por complacerle, ya que así se le presentaría la ocasión de lucir su capote nuevo hasta por la noche. Aquel día fue para Akaki Akákievich la festividad más solemne. Regresó a casa de humor inmejorable, se quitó el capote y lo colgó con esmero en la pared, volviendo a embelesarse en la contemplación del paño y del forro, y, a fin de comparar, sacó el viejo batín deshilachado. Lo miró y no pudo por menos de echarse a reír: ¡que diferencia tan enorme! Y, más tarde, mientras comía, no dejó de sonreír, pensando en la situación a que había llegado aquel batín. Comió alegremente, y después de comer no copió ningún papel, sino que estuvo tendido en la cama como un sibarita hasta que anocheció. Se vistió entonces sin más dilaciones, se echó el capote sobre los hombros y salió a la calle. Desgraciadamente, no podemos precisar dónde habitaba el funcionario que ofrecía el convite: la memoria empieza a fallarnos, y todo cuanto hay en San Petersburgo, calles y casas, se nos han mezclado y confundido en la cabeza de tal manera, que es harto difícil sacar de ella nada en orden. Sea como fuere, lo cierto es que tal funcionario vivía en la parte céntrica de la ciudad, es decir, lejos de Akaki Akákievich. Akaki Akákievich hubo de atravesar, al principio, algunas calles desiertas y mal iluminadas, pero, conforme se aproximaba al domicilio del subjefe de la sección, las calles se iban animando, y era mayor la concurrencia y la iluminación. Aumentaba el número de transeúntes; comenzaron a verse, incluso, damas elegantes y caballeros con cuellos de castor en los abrigos; se hacían menos frecuentes los cocheros sobre trineos de carrocería de listones entrecruzados, con respaldos de clavitos dorados; por el contrario, abundaban los arrogantes cocheros con gorro de terciopelo carmesí, trineos acharolados y mantas de viaje de piel de oso; carrozas de pescante plegado corrían, raudas, haciendo chirriar la nieve bajo sus ruedas. Para Akaki Akákievich todo aquello constituía novedad, pues llevaba unos cuantos años sin salir a la calle por la noche. Se detuvo, curioso ante el iluminado escaparate de una tienda para ver el cuadro en que una hermosa mujer se estaba quitando un zapato y ponía al descubierto una pierna bien torneada, mientras que, a sus espaldas, desde la puerta de una habitación contigua, la atisbaba un caballero con patillas y magnífica barba a la española. Akaki Akákievich movió

socarronamente la cabeza, se sonrió y reemprendió su camino. ¿Porqué se sonrió? Quizá fuera por haberse encontrado con algo que desconocía, pero de la que cada cual conserva una cierta intuición; o tal vez fuese porque pensó, al igual que tantos otros funcionarios: "¡Ah, esos franceses! Ni que decir tiene; si se les mete en la cabeza algo de eso, pues ya se sabe, eso..." Aunque puede que ni siquiera pensase tal cosa: vaya usted a saber lo que piensa cada cual, siendo imposible, como lo es, penetrar en le alma del hombre. Llegó, por fin, a la casa del subjefe de la sección. Vivía el subjefe muy a sus anchas: un farol alumbraba la escalera, y su casa estaba en el segundo piso. Entrando en el vestíbulo, Akaki Akákievich vio en el suelo largas hileras de galochas. Entre ellos, y en medio de la habitación, crepitaba el samovar, despidiendo chorros de vapor. Pendían de las paredes capotes y capas, y algunos ostentaban cuellos de castor o solamente de terciopelo. Del otro lado de la pared llegaba un eco de rumores y voces que cobraron clara sonoridad al abrirse la puerta y salir un lacayo con una bandeja en que traía vasos vacíos, una lechera y un cestillo de galletas, lo que daba a entender que los funcionarios llevaban ya tiempo reunidos y habían tomado el primer vaso de té. Akaki Akákievich colgó el capote, penetró en el salón y vio ante él resplandecientes velas, funcionarios, pipas, mesas de juego; un fugaz murmullo de voces se percibían en todos los puntos y el ruido de sillas al moverse de un lado para otro sorprendieron confusamente su oído. Se detuvo azoradísimo en medio del aposento, sin saber qué hacer. Pero fue advertido en el acto: lo acogieron con gritos de alborozo, y todos se dirigieron inmediatamente al vestíbulo para ver una vez más el capote. Akaki Akákievich se desconcertó, pero su alma candorosa no podía por menos de regocijarse al oír las alabanzas de que era objeto su capote. Luego, ya se entiende, todos se olvidaron de él y de la prenda, y acudieron, como es costumbre, a las mesas en que se jugaba al whist. Tanto ruido, tanto vocerío y tanta gente aturdían a Akaki Akákievich. Sencillamente, no sabía qué partido tomar, dónde meter las manos, los pies y toda su persona. Al cabo, acordó sentarse junto a los jugadores, mirando unas veces a las cartas y otras a las caras de éste o de aquél. Pasado cierto tiempo, comenzó a bostezar sintiendo que se aburría, tanto más que ya había pasado la hora en que él solía acostarse. Quiso despedirse del anfitrión, pero no lo dejaron salir, aduciéndole que en honor del estreno era imprescindible tomar una copa de champagne. Una hora después, sirvieron la cena: ensalada, ternera fría, paté, pasteles y champagne, del que obligaron a Akaki Akákievich a beber dos copas, que le hicieron ver el aposento mucho más alegre, sin que ello le impidiese apercibirse de que eran ya las doce y debía haberse marchado a casa mucho antes. A fin de evitar que el anfitrión se le ocurriera retenerlo salió inadvertidamente, buscó en el vestíbulo el capote, que para consternación suya, encontró tirado en el suelo; lo sacudió, le quitó todas las pelusas, se lo puso y descendió por la escalera a la calle, aún iluminada. Algunos lugares de poca monta —sempiternos clubes de siervos y criados de toda calaña— estaban abiertos; otros, ya cerrados, dejaban escapar un largo chorro de luz por la rendija de la puerta, induciendo a creer que aún estaban concurridos y que, con seguridad, las sirvientas o lacayos seguían allí charlando y sumiendo a sus señores en la más completa perplejidad respecto a su posible paradero. Akaki Akákievich caminaba eufórico, e incluso hubo un momento en que, no se sabe porqué, echó una carrerilla detrás de una dama que pasó de largo como un relámpago y cuyo cuerpo era un contoneo inusitado. Sin embargo, suspendió al instante la persecución y continuó la ruta con su habitual lentitud, asombrado del inexplicable trote que había emprendido. Pronto se extendieron ante él calles solitarias que no

ya de noche, sino ni siquiera de día eran alegres. Ahora se habían hecho más lúgubres y solitarias. Los faroles se divisaban con menos frecuencia: seguramente allí se les suministraba menos aceite. Aparecieron casas de madera, vallados; no se veía un alma; tan sólo la nieve resplandecía en el pavimento y los minúsculos tugurios dormidos negreaban tristemente con sus postigos cerrados. Akaki Akákievich iba aproximándose a un sitio en que la calle corta una plaza interminable, un desierto pavoroso, y al otro lado se divisaban los edificios.

Allá a lo lejos, Dios sabe dónde, parpadeaba la luz de una garita que parecía estar en el fin del mundo. Al llegar aquí decayó considerablemente el ánimo de Akaki Akákievich. Puso el pié en la plaza no sin cierto recelo instintivo, como si el corazón presintiese algún desaguisado. Miró atrás y a los lados, como si estuviera en medio de la mar. "No, más vale no mirar", pensó, prosiguiendo su camino con los ojos cerrados: y, cuando los abrió para cerciorarse de si le quedaba por andar mucho trecho de la plaza, vio ante sus propias narices a unos individuos bigotudos y ya no pudo ver más. Se le nublaron los ojos, y el corazón le dio una voltereta. "¡Este capote es mío!", profirió uno con voz de trueno, agarrándolo por el cuello. Akaki Akákievich se disponía a pedir auxilio, cuando el otro le aplicó a los dientes un puño del tamaño de la cabeza de un funcionario, gruñendo: "¡Anda, prueba a gritar!" Akaki Akákievich notó solamente que lo despojaban del capote y le daban un rodillazo que lo tiró de espaldas sobre la nieve, y después se quedó sin sentido. Transcurridos unos minutos, cuando se repuso y se levantó, allí no había nadie. Sintió frío y notó la falta del capote. Gritó, pero la voz, al parecer, no tenía ni intención de llegar hasta el extremo de la plaza. Desesperado, en un alarido constante echó a correr por aquel desierto, directamente hacia la garita, junto a la que el guardia municipal, apoyado en su albarda, parecía contemplarlo con curiosidad, como preguntándose para qué diablos venía corriendo y gritando desde lejos aquel hombre. Akaki Akákievich se acercó a él y, con acento jadeante, le acusó de estar durmiendo y de que, olvidado de toda vigilancia, ni siquiera se daba cuenta de cómo atracaban a una persona. Le contestó el guardia que no había visto nada; que había notado que dos hombres lo detenían en medio de la plaza, pero supuso que pudieran ser amigos suyos; y que, en lugar de increparle, era mejor presentarse al día siguiente ante el inspector del barrio, quien, sin duda, descubriría a los autores del robo. Akaki Akákievich corrió a casa y llegó descompuesto: desgredados los pocos pelos que le quedaban en las sienes y la nuca y cubiertos de nieve los pantalones, el pecho y un costado. Su vieja patrona saltó presurosa de la cama al oír los estruendosos golpes que dio a la puerta, y corrió a abrir, calzado un solo pie y tapándose púdicamente el pecho con la camisa. Pero, nada más abrir, retrocedió al ver las trazas de Akaki Akákievich. Cuando le refirió lo sucedido, se llevó las manos a la cabeza y le aconsejó irse, sin más ni más, a ver al comisario del distrito; le dijo que el inspector del barrio lo engañaría, prometiendo y dándole largas, y que lo más práctico sería presentarse directamente ante el comisario; que era, incluso, conocido suyo, porque Ana la finlandesa, antigua cocinera de ella, había entrado ahora como niñera en casa del comisario; que ella solía verlo pasar en su carruaje por delante de la casa, que todos los domingos iba a la iglesia a oír misa y que miraba sonriendo a todo el mundo, de donde se deducía que era una bellísima persona. Después de oír tal consejo, Akaki Akákievich se arrastró tristemente hasta su cuarto, y de cómo pasó la noche podrá hacerse una idea toda persona capaz de ponerse, por poco que sea, en el caso de otra. Por la mañana

temprano acudió a casa del comisario, y le dijeron que estaba durmiendo; regresó a las diez, y vuelta a decirle que dormía; se presentó a las once, y le respondieron: "El comisario no está en casa", volvió a presentarse a la hora de comer, y los escribientes no lo dejaron pasar de la antesala, pretendiendo enterarse del asunto que le traía y de lo que había sucedido. Tanto lo fastidiaron, que Akaki Akákievich quiso dar una prueba de carácter por primera vez en su vida y declaró categóricamente que necesitaba ver al comisario en persona; que se guardasen muy bien de impedirle el paso; que él venía del departamento para un asunto oficial, y que, si presentaba una queja contra ellos, ya verían lo que era bueno. Ninguno de los escribientes intentó replicar nada contra tales argumentos, y uno de ellos pasó a anunciarle. El comisario acogió de modo muy extraño el relato del robo del capote. Lejos de prestar atención a lo esencial del caso, preguntó a Akaki Akákievich por qué regresaba tan tarde a su domicilio, y si no había estado en alguna casa de mal vivir, de tal suerte que Akaki Akákievich, turbado, salió de allí sin saber si en el asunto de su capote se iniciarían o no las debidas pesquisas. Aquel día faltó a la oficina (caso único en su vida). Al día siguiente se presentó, pálido y con el capote viejo, cuyo aspecto era todavía más lastimoso. La noticia del robo conmovió a muchos funcionarios, aunque no faltó quien inclusive en aquella ocasión tomase a chacota a Akaki Akákievich. En seguida determinaron hacer una colecta en su favor, pero la recaudación fue una miseria, pues los funcionarios habían hecho ya bastantes gastos en una suscripción para un retrato del director y en adquirir un libro a propuesta del jefe de negociado, amigo del autor, de modo que la suma recogida resultó una insignificancia. Uno de sus colegas, movido a compasión, decidió ayudar a Akaki Akákievich con un buen consejo, ya que no con otra cosa. Le dijo que no fuese a ver al inspector del barrio, porque, aunque pudiera suceder que el inspector, deseoso de obtener el pláceme de la superioridad, diese con el capote, éste continuaría en manos de la policía, si Akaki Akákievich no presentaba pruebas legales de que el capote le pertenecía, y que lo procedente era dirigirse a un personaje importante, pues el personaje importante, relacionándose de palabra o por escrito con quien fuera pertinente, daría al asunto un cauce favorable. ¡Qué vamos a hacer! Akaki Akákievich resolvió ir a ver al personaje importante. Cuál era y en qué consistía el cargo del personaje importante se ignora hasta la fecha. Conviene saber que el personaje importante acababa de hacerse importante, y hasta entonces había sido una persona sin importancia. Dicho sea de paso, tampoco ahora se consideraba importante su puesto en comparación con otros de muchas mayor significación.

Mas siempre habrá gente para la cual es ya importante lo que a los ojos de otros no lo es. Además, el personaje en cuestión hacía valer su importancia mediante muchos procedimientos, a saber: impuso como regla que los subordinados saliesen a recibirlo a la escalera cuando llegaba a la oficina; que nadie osara tratar con él directamente, sino que todo se atuviese al orden más riguroso: el registrador colegiado informaba al secretario provincial; el secretario provincial, al consejero titular o a quien correspondiese según lo establecido, y que los expedientes llegasen a él siguiendo éste orden. Y es que en la santa Rusia todo está contaminado de imitación, y cada cual remeda y copia a la superioridad. Cuentan que un consejero titular, designado jefe de una oficinilla independiente, dispuso levantar un tabique y separar para él una habitación a la que dio el nombre de "Jefatura", colocando a la entrada dos ujieres con cuello rojo y galones, que

habrían la puerta a los visitantes, aunque en la "Jefatura" no cabía más que una mesa de escritorio, y eso con dificultad. Los modales y usos del personaje importante eran graves y majestuosos, aunque lacónicos. Su sistema se basaba en la severidad. "Severidad, severidad y otra vez severidad", solía decir; y, al pronunciar la última palabra, clavaba una mirada muy significativa en la cara de quien le oía, aunque podría ahorrarse todo, pues los ocho o diez funcionarios de que constaba el mecanismo gubernamental de su cancillería estaban ya, de por sí, suficientemente asustados; apenas lo veían desde lejos, abandonaban sus ocupaciones, cuadrándose en posición de firme hasta que el jefe atravesase la habitación. Su trato con los subalternos respiraba severidad, y su conversación se componía casi exclusivamente de tres frases: "¿Cómo se atreve usted? ¿Usted sabe con quién está hablando? ¿Comprende usted a quién tiene delante?" Por lo demás, era bueno en el fondo, atento con los compañeros, servicial; pero el grado de general le hizo perder la cabeza. Cuando recibió el nombramiento, se desconcertó, se despistó por completo y se quedó indeciso, sin saber cómo comportarse. Si trataba con iguales en rango, era todavía normal: una persona corriente y, en muchos aspectos nada tonta; pero, en cuanto se veía en un medio donde hubiera gente inferior, aunque sólo fuese en un grado, lo echaba todo a perder: no soltaba palabra, y su situación producía lástima, tanto más cuanto él mismo se daba cuenta de que podría pasar el tiempo muchísimo mejor. Sus ojos detonaban, a veces, un intenso deseo de sumarse a alguna conversación, a algún grupo interesante, pero se refrenaba, pensando si dicho acto no sería un exceso por su parte, una familiaridad que pudiera menoscabar su importancia. Y en virtud de tales razonamientos, permanecía perennemente callado, pronunciando rara vez algún que otro sonido monosílabo, lo que terminó de darle fama de hombre súper aburrido. Pues ante un personaje importante como el descrito se presentó Akaki Akákievich; y se presentó en el momento más inoportuno, mejor dicho, el más inadecuado para él, y en cambio, más adecuado para el personaje importante. El personaje importante se hallaba en su despacho, charlando muy satisfecho con un antiguo conocido, un amigo de la infancia recientemente llegado y con el que no se había visto desde hacía años. En aquel instante le anunciaron que un tal Bashmachkin solicitaba audiencia. "¿Quién es?", inquirió bruscamente. "Un funcionario", le respondieron. "¡Bah, que espere! ¡No tengo tiempo!", dijo el personaje importante. Aquí conviene hacer constar que lo dicho por el personaje importante era una solemne mentira. Tiempo no le faltaba: su conversación con el amigo había llegado hacía mucho tiempo a una fase en que, agotados todos los temas, se intercalaban en ella pausas larguísimas, dándose el uno al otro ligeras palmaditas en las rodillas y diciendo: "¡Así es, Iván Abrámivich!". "¡Exactamente, Stepán Varlámovich!" Y, no obstante, ordenó que el funcionario esperase con tal de que su amigo, hombre retirado del servicio tiempo atrás y recogido en su casa de campo, viese las largas antesalas que los funcionarios tenían que hacer antes de pasar a su presencia. Por último, hartos ya de hablar —y aun más de callar— y después de fumarse sendos cigarrillos puros, reclinados en mullidos butacones de respaldo móviles, pareció caer repentinamente en la cuenta, y dijo al secretario, que acababa de aparecer para informar con no sé qué papeles: "Si mal no recuerdo, hay un funcionario esperando. Dígame que puede pasar". Al ver la humilde traza de Akaki Akákievich y su vetusto uniforme, se dirigió a él diciéndole: "¿Qué desea Usted?" Habló con voz tajante y dura, que había ensayado expresamente, a solas ante el espejo de su habitación, una semana antes de obtener el actual destino y la graduación de

general. Akaki Akákievich, que estaba cohibido, se turbó, y de la mejor manera que pudo y se lo permitió su lengua, empleando, incluso, más que nunca la partícula "eso", le explicó que tenía un capote nuevecito y que se lo habían robado del modo más inhumano, por cuya razón se dirigía a él para que tomara cartas en el asunto, y escribiendo al jefe de policía o a alguna otra persona, contribuyese a la búsqueda de su capote. Por no se sabe por qué, al general le pareció ver en esas palabras una excesiva familiaridad:

—¿Qué es eso de caballero? —replicó tajante—. ¡Es que usted desconoce el procedimiento? ¿Usted sabe donde se encuentra? ¿Ignora el orden en que han de hacerse las gestiones? Primero, debería haber presentado la instancia en la cancillería; de allí pasaría a manos del jefe de sección; de éste, el jefe de negociado; más tarde, sería entregada al secretario, y el secretario me la habría presentado a mí.

—Pero, excelencia —objetó Akaki Akákievich, intentando reunir el poco ánimo de que era capaz y notando que sudaba de una manera atroz—, ¡yo, excelencia, me he atrevido a molestarle porque los secretarios, pues, eso.... no son gente de fiar ... !

—¿Cómo, cómo, cómo! —exclamó el personaje importante—. ¿De dónde ha sacado tanta osadía? ¿De dónde ha sacado esas ideas? ¿Qué ambiente de subversión reina entre la juventud contra los jefes y la superioridad?

Al parecer, el personaje importante no había notado que Akaki Akákievich pasaba ya de los cincuenta años, y que, si podría calificársele de joven, sería tan sólo relativamente, es decir, en comparación con los de setenta.

—¿Usted sabe con quién está hablando? ¿Comprende usted a quién tiene delante? ¿Lo comprende usted? ¿Comprende lo que le pregunto?

Al llegar a este punto, el personaje importante dio una patada en el suelo, y su voz alcanzó una nota tan alta, que hubiese atemorizado no digamos ya a Akaki Akákievich, sino a cualquiera. Akaki Akákievich, helado de espanto, se tambaleó, se puso a temblar con todo su cuerpo y no pudo sostenerse de pie: si los ujieres no acuden rápidamente a sostenerlo, habría dado con su cuerpo en el suelo. Lo retiraron casi inerte. El personaje importante, satisfecho de que el efecto hubiera sido mucho mayor de lo que esperaba, y muy halagado al comprobar que su palabra podía incluso hacer desmayar a un hombre, miró de reojo a su amigo para ver qué le había parecido, y notó, no sin complacencia, que el amigo se hallaba en el estado más indefinible y hasta comenzaba a sentir miedo.

Akaki Akákievich no se dio cuenta de cómo bajó la escalera ni de cómo salió a la calle. No sentía ni sus brazos ni sus piernas. Jamás había sufrido tan fuerte reprimenda de un general y, mucho menos, de un general que no era el suyo. Boquiabierto, tambaleándose hasta el punto de salirse de las aceras, anduvo por entre la borrasca de nieve que ululaba en las calles. El viento soplaba por los cuatro costados y por todos los callejones, como es habitual en San Petersburgo. En menos de lo que se dice, se le enfrió la garganta, y llegó a casa sin poder

pronunciar palabra. Congestionado, se dejó caer en la cama. ¡Son tan contundentes, a veces, los efectos de una reprimenda! Al día siguiente tenía mucha fiebre. Gracias al magnánimo concurso del clima de San Petersburgo, la enfermedad corrió más de lo que cabía esperar, y, cuando se presentó el doctor y le tomó el pulso, no pudo hacer otra cosa que recetarle unas cataplasmas con el objeto de que el paciente no quedase sin el auxilio bienhechor de la medicina. Por lo demás, lo declaró irremisiblemente desahuciado para dentro de día y medio, y añadió, dirigiéndose a la patrona: "Usted no pierda el tiempo en balde, y encárguele ahora mismo un ataúd de pino, porque de roble le saldría demasiado caro". ¿Oyó Akaki Akákievich estas palabras fatales? Y, si las oyó, ¿le produjeron un efecto aterrador? ¿Le dio pena despedirse de su desdichada vida? Nada se sabe sobre el particular, porque todo el tiempo era presa del delirio y de la fiebre. Lo asaltaban sin cesar visiones a cual más extrañas: unas veces veía a Petróvich y le encargaba un capote con cepos para atrapar a los ladrones, escondidos bajo la cama, y llamaba a cada momento a la patrona para que le sacara un ladrón que había llegado a metérsele entre las mantas; otras, preguntaba por qué estaba allí colgado el capote viejo, teniendo él uno nuevo; creía hallarse ante el general, oyendo la reprimenda y murmurando: "Perdón, excelencia", y, por último, blasfemaba, profiriendo las palabras más terribles, hasta tal extremo, que la vieja patrona se persignaba, pues nunca le había oído nada semejante, tanto más cuanto que dichas blasfemias iban inmediatamente después de la palabra "excelencia". Luego pasó a decir cosas sin ilación que no había modo de entender: sólo podía deducirse que aquellos pensamientos y vocablos desordenados giraban en torno al capote. Por fin, el pobre Akaki Akákievich expiró. No precintaron su habitación ni sus bienes; primero, porque no tenía herederos, y, segundo, porque lo que dejaba era bien poca cosa: un manojo de plumas de ganso, una resma de papel blanco de oficina, tres pares de calcetines, dos o tres botones desprendidos del pantalón y el viejo batín del que el lector tiene ya noticia. Dios sabe quién lo heredaría; confieso que el autor de este relato ni siquiera se interesó por él. Se llevaron a Akaki Akákievich, y lo enterraron, y San Petersburgo se quedó sin Akaki Akákievich como si nunca hubiera existido. Desapareció un ser a quien nadie defendió, a quien nadie tuvo afecto, que a nadie interesó ni llamó siquiera la atención de los naturalistas, que no pierden ocasión de ensartar en un alfiler hasta a una mosca común para examinarla por el microscopio; un ser que soportaba dócilmente la burla de oficina y se fue a la tumba sin realizar ningún hecho extraordinario, pero que, aunque en las postrimerías de su vida, recibió a un luminoso huésped en forma de capote, venido a reanimar por un instante su mísera existencia, hasta que, luego, se cebó en él la calamidad con el mismo ensañamiento que cayeron sobre los reyes y los soberanos de la tierra... Pocos días después de morir, se presentó en su casa un ordenanza del departamento, trayéndole orden expresa de personarse inmediatamente en la oficina, pues lo necesitaba el jefe. Sin embargo, regresó de vacío anunciando que Akaki Akákievich ya no iría al trabajo. Y al preguntársele por qué, respondió: "Pues porque no; porque se ha muerto. Lleva enterrado cuatro días". Así fue cómo se supo su muerte en el departamento. Al día siguiente, ya había en su puesto otro funcionario de bastante mayor estatura y letra no tan derecha, sino mucho más torcida y ladeada.

Pero ¿quién había de suponer que la historia de Akaki Akákievich no termina aquí, sino que, después de muerto, le estaban destinados unos cuantos días más de

ruidosa vida, quizá como compensación por la que antes arrastró, inadvertida de todos? Más, así fueron los hechos, y nuestra pobre historia adquiere de improviso un final fantástico. Se propagó en San Petersburgo el rumor de que junto al puente Kalikin, y mucho más allá, se aparecía por las noches un fantasma con figura de funcionario, buscando un capote que le habían robado y, con el pretexto de que todos eran el suyo, arrebatava a todo el mundo, sin distinción de rango ni título, los más diversos capotes: con forro de gato, de castor, de guata, de zorra o de oso, en una palabra, de todos los cueros y pieles que ha inventado el hombre para cubrirse. Un funcionario del departamento vio al fantasma con sus propios ojos y reconoció a Akaki Akákievich; pero la visión le infundió tal pánico, que echó a correr como alma que lleva el diablo, por cuya razón no acertó a distinguirlo bien, y vio únicamente que el fantasma le amenazaba desde lejos con el dedo. Llovían quejas de todas partes; por los robos nocturnos de capotes, las espaldas y los costados se veían expuestos a los más graves resfriados no sólo de los consejeros titulares, sino también de los consejeros secretos. Se dio a la policía orden de capturar a toda costa al difunto, vivo o muerto, y de someterlo al castigo más cruel para ejemplarizar a los demás. Y, en efecto, faltó poco para que se diese cumplimiento a la disposición: precisamente el guardia municipal de no sé qué manzana del callejón de Kiriushkin atrapó por el cogote al fantasma con las manos en la masa, en el preciso momento en que trataba de arrebatarle su capote frisón a un músico retirado, que tocaba en sus tiempos la flauta. Agarrado por el cuello, llamó a gritos a dos de sus compañeros, a quienes les encargó que lo sujetasen mientras él se metía la mano en la caña de la bota para sacar una tabaquera y reconfortarse un poco la nariz, que se le había helado seis veces en su vida; pero el rapé era de tal calidad, que ni el difunto pudo resistirlo. El guardia, taponándose con un dedo el caño derecho, no tuvo tiempo de llevarse al izquierdo la ración correspondiente, pues el fantasma estornudó con tanta fuerza, que los cegó a los tres. Mientras se restregaban los ojos con los puños, desapareció el fantasma sin dejar rastro, de modo que llegaron incluso a dudar de que lo hubieran tenido en sus manos. A raíz de entonces, les tomaron los guardias tal miedo a los fantasmas, que no se atrevían a detener ni siquiera a los vivos, limitándose a gritar desde lejos: "¡Eh, tú, sigue tu camino!" — y el difunto funcionario comenzó a aparecer ya al otro lado del puente Kalinkin, aterrorizando a la gente timorata. Mas nos hemos olvidado en absoluto del personaje importante, que, en realidad, es el motivo del fantástico giro que ha tomado esta historia, completamente verídica, por otra parte. Ante todo, justicia obliga a decir que el personaje importante experimentó una especie de conmiseración al salir el pobre Akaki Akákievich anonadado por la descomunal reprimenda. No era refractario a la piedad. Albergaba su corazón muchos buenos sentimientos, pese a que el rango les impedía muy a menudo manifestarse. No bien se marchó de su despacho el visitante amigo, se le vino a la memoria el pobre Akaki Akákievich. Y desde ese instante se le aparecía casi diariamente el pálido funcionario, víctima de la represión oficial. Tanto llegó a inquietarle su recuerdo, que al cabo de una semana resolvió enviar a un empleado a interesarse por él y a enterarse de si, en efecto, podría ayudarle en algo. Cuando le informaron de que Akaki Akákievich, había fallecido repentinamente, atormentado por la fiebre, quedó estupefacto, con remordimiento de conciencia, y estuvo malhumorado todo el día. Con objeto de distraerse y de olvidar tan penosa impresión, se fue a pasar la velada a casa de un amigo donde encontró, gente muy selecta y, lo que es mejor, casi todos de la misma graduación; así, pues, no había nada que pudiera cohibirlo.

Tal circunstancia ejerció un efecto sorprendente sobre su estado de ánimo: se sintió desenvuelto, se hizo ameno y amable; para resumir, pasó la noche muy a gusto.

Durante la cena se tomó un par de copas de champagne, que, como es sabido, contribuye a alegrar las almas. El champagne le provocó un deseo de cosas extraordinarias, y decidió no ir directo a su casa, sino acercarse a la de Carolina Ivánovna, una dama conocida, de origen alemán, a la que profesaba una gran amistad. Es de señalar que el personaje importante era ya hombre maduro, esposo ejemplar y venerable padre de familia. Sus dos hijos, uno de los cuales prestaba ya servicio en una cancillería, y una guapa hija de dieciséis años con la nariz algo respingona, aunque muy graciosa, acudían a diario para besarle la mano diciéndole: "Bonjour, papá". Su esposa, mujer todavía lozana, y yo diría que nada fea, le daba primero a besar su mano y, luego, girándola, le besaba a él la suya. Pero el personaje importante que, dicho sea de paso, estaba muy satisfecho de las ternuras familiares, consideró correcto tener relaciones con una amiga en el otro extremo de la ciudad. La amiga en cuestión no era ni mejor, ni más joven que su mujer; pero casos como éstos ocurren en el mundo, y no tenemos nosotros por qué juzgarlos. El personaje importante bajó la escalera, se metió en el trinco y ordenó al cochero: "A casa de Carolina Ivánovna". Abrigándose en el cálido capote, se sumió en ese delicioso estado —el más apetecible para un ruso— en que, sin pensar en nada huyen a la cabeza pensamientos a cual más halagüeño y uno no tiene que tomarse tan siquiera el trabajo de buscarlos y perseguirlos. Rebotante de contento, recordaba fugazmente todos los lances jocosos de la velada, todas las palabras que hicieron reír a la reducida compañía; incluso repitió a media voz muchas de ellas, encontrándolas tan divertidas como antes, por lo cual no es de extrañar que él mismo se riera de buena gana. De vez en cuando, sin embargo, venía a molestarle un viento impetuoso que, arremetiéndole repentinamente, Dios sabe de dónde y por qué motivo, le azotaba la cara, estrellaba en ella copos de nieve, le henchía como una vela el largo cuello del capote o se lo levantaba hasta calárselo en la cabeza con fuerza sobrenatural, dándole mucho que hacer para librarse de él. De repente, notó el personaje importante que alguien le echaba una mano al cuello con mucha fuerza. Se volvió y vio a un individuo pequeñito con un viejo y raído uniforme, reconociendo horrorizado a Akaki Akákievich. El funcionario estaba pálido como la nieve, y su aspecto era el de un muerto. Pero el espanto del personaje importante no tuvo límites al ver que el muerto torcía la boca y, despidiendo un terrible olor a cadaverina, pronunció el siguiente discurso: "¡Ah, ya te tengo! ¡Por fin, eso, te he echado el guante! ¡Necesito tu capote! ¡No te interesaste por el mío, y además me echaste aquella bronca, pues ahora dame el tuyo!" El pobre personaje importante por poco se muere. Aunque en la oficina y ante los inferiores era hombre rígido, y aunque su sola figura y viril presencia hacían exclamar a cualquiera: "¡Oh, qué carácter!", en este trance, como suele suceder a tantos otros que a primera vista semejan colosos, le entró tal pánico, que no sin motivo llegó a temer que le diera un síncope. Sin hacerse rogar, se quitó de prisa el capote y gritó al cochero en un alarido: "¡Gira para casa, volando!" El cochero, al oír aquella voz, que era la de los momentos decisivos y solía ir acompañada de algo más contundente, encogió, por si acaso, la cabeza, sacudió el látigo e imprimió al trinco la velocidad de una flecha. No transcurrieron ni siete minutos y el personaje importante estaba ya a la puerta de su domicilio. Lívido, amedrentado y sin capote, llegó a su casa en vez de a la de Carolina Ivánovna, se arrastró como pudo hasta su habitación y pasó una

noche agitadísima; tanto que a la mañana siguiente le dijo su hija mientras desayunaban: "¡Qué pálido estás, papá!" Pero papá guardó silencio y no dijo a nadie una palabra de lo sucedido, ni dónde había estado, ni adónde quería ir. El incidente le causó fuerte impresión. Ya era mucho más raro oírlo decir a sus subordinados: "¿Cómo se atreve usted, comprende usted a quién tiene delante?", y, si acaso alguna vez lo decía, no era sin haberse enterado antes del asunto. Y lo más admirable es que a partir de aquel momento se acabaron las apariciones del funcionario difunto: por lo visto, el capote del general le había venido como anillo al dedo; al menos no volvió a oírse que en ninguna parte le hubieran quitado a nadie el capote. Sin embargo, más de cuatro individuos solícitos y diligentes se resistían a tranquilizarse, y afirmaban que en los arrabales de la ciudad seguía apareciendo el fantasma. En efecto, un guardia municipal de Kolomna lo vio con sus propios ojos salir por detrás de una casa; pero, como el guardia era de contextura debilucha —hasta el punto de que, en cierta ocasión, un cerdo de tamaño regular, escapado de una casa particular, lo derribó con el consiguiente jolgorio de los cocheros allí estacionados, a cada uno de los cuales exigió por la mofa medio kopek para tabaco—, no se atrevió a detenerlo, sino que lo siguió en la oscuridad, hasta que, por último, el muerto volvió repentinamente la cabeza, se detuvo y le preguntó: "¿Quieres algo?", enseñándole un pudor que ya quisieran para sí todos los vivos. El guardia contestó que no quería nada y acto seguido dio la vuelta. Sin embargo, el fantasma era esta vez mucho más alto, llevaba enormes bigotes y, encaminando sus pasos, al parecer, en dirección al puente de Obújov, se perdió en las tinieblas de la noche.